
**“Enseñar a leer” a los colonos de la pampa gringa: el
periódico y la formación de lectores modernos**

**"Teaching to read" to the settlers of the pampa gringa: the
newspaper and the formation of modern readers**

*Mónica Baretta**

Fecha de Recepción: 06 de junio de 2023

Fecha de Aceptación: 09 de septiembre de 2023

DOI: <https://doi.org/10.46553/RGES.59.2023.p.99-120>

Resumen

El artículo parte de considerar a la prensa periódica de finales del siglo XIX como agente de una política de lectura orientada a formar lectores modernos. En ese sentido, se aborda el caso de *El Colono del Oeste*, un semanario que circuló entre 1878 y 1886 en la región de las colonias agrícolas de Santa Fe (Argentina), formadas a partir del aporte inmigratorio europeo. Se señalan las dimensiones centrales a través de las cuales el periódico representó a los lectores y estableció marcos normativos a partir de los cuales la incipiente sociedad moderna de las colonias debía ingresar al universo letrado. En términos metodológicos, el periódico se analiza en una doble dimensión: en tanto discurso, atendiendo a modalidades enunciativas, premisas y tipos de argumentos, entre otras operaciones discursivas, y en tanto resultado de una práctica escrituraria, considerando sus rasgos lingüísticos, gráficos y materiales.

Palabras clave: prensa; políticas de lectura; inmigración; cultura escrita.

Abstract

The starting point of this article is the examination of the late 19th-century periodical press as an agent of a reading policy aimed at cultivating modern readers. In this regard, we focus on the case of *El Colono del Oeste*, a weekly newspaper that circulated from 1878 to 1886 in the region of the agricultural colonies of Santa Fe, Argentina, which were established through the contribution of European immigration. We identify the central dimensions of how the newspaper represented its readers and established normative frameworks from which the incipient modern society of the colonies had to enter the literate universe. Methodologically, we approach the newspaper from two perspectives: first, as a discourse, examining its enunciative modalities, premises, and types of arguments, among other discursive operations; second, as a result of writing practices, taking into account its linguistic, graphic, and material features.

Keywords: press; reading policies; immigration; written culture.

* Centro de Estudios del Lenguaje en Sociedad (LICH – UNSAM – CONICET). monicabaretta@gmail.com

Introducción

Durante el proceso de formación de los Estados nacionales modernos, la prensa periódica ha ocupado un lugar central. Periódicos, diarios, folletos y sueltos proliferaron rápidamente en el espacio americano con los conflictos políticos e ideológicos que rodearon a la Independencia y continuaron siendo, a lo largo del siglo XIX, uno de los principales ámbitos de discusión pública y una de las formas centrales de hacer política. La prensa fue, durante ese período, un espacio privilegiado y casi exclusivo para la construcción de una opinión pública, para el debate político, para la afirmación de identidades y para la formación de una ciudadanía moderna.¹

Al mismo tiempo, la prensa del siglo XIX reviste una singular relevancia para un estudio atento a las transformaciones culturales, especialmente a las que conciernen al orden de lo letrado. La segunda mitad del siglo será el escenario de una serie de fenómenos, entre los que se destacan las políticas públicas orientadas a la alfabetización masiva, que favorecieron la ampliación de los públicos letrados en el mundo occidental.² Para estos nuevos sectores, antes ampliamente marginados de la cultura escrita, fue el periódico el producto impreso central de su incipiente praxis lectora.³

Desde un abordaje interesado por el análisis de las prácticas letradas en tanto prácticas sociales, histórica y políticamente situadas, el periódico es entendido como un agente productor de políticas de lectura.⁴ Por un lado, porque desde su discursividad puede constituirse en vehículo de normas orientadas a señalar los modos correctos de leer y los materiales susceptibles de ser leídos, y porque ofrece al lector un determinado repertorio de

¹ Paula Alonso, (comp.). *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, 1820-1920* (Buenos Aires: FCE, 2004); Marta Bonaudo, “De la opinión publicada a la opinión pública. La prensa como lugar de representación y de conflicto”. En *Imaginario y prácticas de un orden burgués. Rosario, 1850-1930. Tomo I: Los actores entre las palabras y las cosas*. Dirigido por Marta Bonaudo (Rosario: Prohistoria Ediciones, 2005); Guerra, François-Xavier y Lempérière, Annick (coords). *Los espacios públicos en Iberoamérica: Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX* (Centro Francés de Estudios Mexicanos, Fondo de Cultura, 1998); Palti, Elías. *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2007).

² Antonio Castillo Gómez, (coord.). *La conquista del alfabeto. Escritura y clases populares* (Gijón: Trea, 2002); Cavallo, Guglielmo y Chartier, Roger (dir.). *Historia de la lectura en el mundo occidental* (Madrid: Taurus, 1998); Anne-Marie Chartier, *Enseñar a leer y escribir. Una aproximación histórica* (México: Fondo de Cultura Económica, 2004); Martín Lyons, *La cultura escrita de la gente común en Europa, c. 1860-1920* (Buenos Aires: Ampersand, 2016).

³ Martín Lyons, “Los nuevos lectores del siglo XIX: mujeres, niños, obreros”. En *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Dirigido por Guglielmo Cavallo y Roger Chartier (Madrid: Taurus, 1998); Hernán Pas, “La lectura de los que nada leen. Prensa periódica y lectura en el siglo XIX”. *Desde el Sur*, 9(1), (2017): 125–144.

⁴ Mariana Di Stefano, *El lector libertario. Prácticas e ideologías lectoras del anarquismo argentino (1898-1915)*. (Buenos Aires: Eudeba, 2013).

géneros y temáticas (y no otros). Y, por otro lado, porque en su materialidad expone criterios gráficos, lingüísticos e infraestructurales que condicionan el modo en que se lee.⁵

Es desde esta perspectiva que aquí se analiza *El Colono del Oeste*, un semanario que circuló entre 1878 y 1886 en la región de las colonias agrícolas de Santa Fe (Argentina), formadas a partir del aporte inmigratorio europeo.⁶ Este artículo se ocupa de indagar en el modo en que ese periódico construyó una política de lectura, a través de discursos orientados a representar y regular el modo en que la nueva sociedad moderna debía incorporarse a la cultura escrita. Es que el ingreso a la modernidad no significaba sólo contar con los espacios, los materiales y la pericia técnica de “saber leer y escribir”: se consideraba necesario *enseñarle* a los nuevos lectores cómo debían leer y, en sentido más general, cómo habitar los nuevos espacios de sociabilidad letrada que tenían sus propias normas de comportamiento. Hacia finales del siglo XIX, *pedagogizar las literacidades*⁷ no significaba —exclusivamente— entrenar la lectura y la escritura en el marco de la escuela pública, sino también establecer pautas de cómo debe ser entendida la lectura en un espacio público ampliado. En el marco de la formación de los Estados nacionales, el uso del lenguaje quedaría asociado a una serie de normas de comportamiento orientadas a regular la participación pública y privada de los nuevos sujetos modernos.⁸ Así, se observará cómo —tanto desde el nivel discursivo como desde el orden material de su textualidad— *El Colono del Oeste* trazó lineamientos orientados a instalar ciertas pautas de lectura asociadas a normas de comportamientos acordes a los “cánones civilizados” que la sociedad moderna demandaba.

⁵ Chartier, Roger. *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna* (Madrid: Alianza Editorial, 1993).

⁶ Las migraciones transatlánticas que comenzaron a registrarse durante ese período transformaron rápidamente la composición demográfica de la región: entre 1856 y 1895 se formaron en la provincia de Santa Fe 350 colonias agrícolas, el número de habitantes de la provincia se cuadruplicó y, hacia el final de ese período, los extranjeros constituían el 42% de la población (Gallo, Ezequiel. *Colonos en armas*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2007). Sin embargo, esa proporción se acentuaba en la zona rural: hacia 1875, alrededor del 70% de los habitantes de las 32 colonias existentes eran inmigrantes. El informe elaborado ese año por el Inspector de Colonias Guillermo Coelho indica que, de los 15.510 habitantes censados en las colonias de la provincia, 4.869 eran argentinos (31%) y 10.641 (69%) eran extranjeros, distribuidos en las siguientes nacionalidades, ordenadas demográficamente de mayor a menor: italianos, suizos, franceses, alemanes, ingleses, españoles, belgas, norteamericanos, otras naciones de América, otras naciones de Europa.

⁷ Street y Street (“La escolarización de la literacidad”. En *Escritura y Sociedad. Nuevas perspectivas teóricas y etnográficas*. Editado por Virginia Zavala, Mercedes Niño-Murcia y Patricia Ames. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, 2004) sostienen que la progresiva consolidación de los sistemas educativos occidentales contribuyó a naturalizar la relación entre lectura y escritura y escolarización. Sin embargo, las prácticas letradas han estado históricamente ligadas a diversos espacios institucionales y familiares. Así, la noción de *pedagogización de las literacidades* alude precisamente a ese proceso a través del cual las prácticas de lectura y escritura quedaron vinculadas a la enseñanza escolar, que se constituyó a partir de entonces como el patrón a partir del cual se valora cualquier manifestación letrada.

⁸ Elvira Arnoux, “Los manuales de retórica y los de urbanidad del siglo XIX. El control de las emociones como marca de distinción”. *Rétor*, 7(2), (2017): 110-134.

El Colono del Oeste

El Colono del Oeste fue un semanario que se publicó a partir de 1878 en Esperanza (Santa Fe, Argentina). Al encontrarse su archivo de manera incompleta⁹, no hay certezas en cuanto a la fecha en que cesó su publicación, aunque se presume que tuvo continuidad hasta 1886, año de fallecimiento de su propietario y editor, Guillermo Lehmann. Lehmann fue un personaje polifacético, destacado por su labor como empresario colonizador y por su trabajo como periodista y editor en la región de las colonias agrícolas de Santa Fe. Oriundo de Sigmaringendorf (Alemania), en 1862 se trasladó hacia Argentina, y algunos años después, ya asentado en la provincia de Santa Fe, fue tejiendo relaciones comerciales y de parentesco con la elite local.¹⁰ Respecto de su actividad como periodista y editor, hacia 1875 Lehmann compró al suizo Johann Alemann la imprenta y el periódico *Der Argentinische Bote* ('El mensajero argentino'), que funcionaban desde 1874 en la ciudad de Santa Fe. Radicó ambas empresas en Esperanza, y en 1878 las vendió a Mauricio Reinhardt, quien había sido redactor del periódico durante ese tiempo. Ese año, Lehmann fundó *El Colono del Oeste*, un periódico que se autodefinía como "Semanario agrícola, industrial, comercial y ardiente defensor de los intereses generales de las colonias".¹¹

El periódico tenía frecuencia semanal: "Aparece los sábados" indica en su primera página. Constaba de 4 páginas —a excepción de algunos pocos números que tienen ocho—, diagramadas a cuatro columnas. Casi la totalidad de su contenido es textual, con variaciones tipográficas para titulares, y destacados en negritas y cursivas, recursos que se utilizan en el cuerpo informativo y, sobre todo, en la página de avisos publicitarios. En esta sección también se evidencia el uso de algunos recursos visuales tales como pequeñas viñetas, como es el caso de un aviso sobre mensajería, ilustrado con una pequeña diligencia, o el de un comunicado de la central de policía en el cual se incluye el escudo oficial de la institución. En cuanto a su dimensión lingüística, *El Colono del Oeste* se constituyó como el primer órgano de prensa de la zona escrito íntegramente en español (a excepción de ciertas solicitadas o avisos publicitarios que aparecían en alemán o francés), dato altamente relevante si se considera que circulaba en una comunidad marcadamente diversa desde el punto de vista lingüístico y de sus trayectorias educativas.¹²

⁹ El Museo de la Colonización de Esperanza conserva las ediciones que van desde el 15/03/1879 al 13/11/1880.

¹⁰ Juan Luis Martirén, *La transformación farmer: colonización agrícola y crecimiento económico en la provincia de Santa Fe durante la segunda mitad del siglo XIX* (Buenos Aires: Prometeo, 2016).

¹¹ Mónica Baretta, "Hacer política desde la lengua: norma lingüística y construcción ciudadana en un periódico de provincia". *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, 26 (1), (2022): 109-136.

¹² Un exhaustivo análisis de los usos lingüísticos de *El Colono del Oeste* y de sus potenciales lectores puede verse en Baretta, "Hacer política...".

En cuanto a su tirada, no se han hallado datos que den cuenta de la cantidad de ejemplares que se imprimían y distribuían, pero sí se sabe que tenía circulación efectiva en la zona de las colonias agrícolas y que Lehmann estaba particularmente interesado por fomentar su lectura entre los pobladores de la región. En la edición del 3 de mayo de 1879, se anunciaba que “varios colonos” habían solicitado suscribirse al periódico a cambio de “productos agrícolas y otros de diferente naturaleza por no poder hacerlo en dinero efectivo”. Y a continuación se dejaba claramente manifestado que “como el objeto principal del Colono del Oeste es la difusión de la enseñanza entre los colonos, deseamos la mayor circulación entre ellos”, por lo que se disponía aceptar el pago de suscripción mediante “trigo, maíz, cebada, papas, porotos, gallinas y toda producción de consumo”.¹³

Asociarse, discutir, compartir la lectura

Uno de los ejes centrales de la política encarada desde las páginas de *El Colono del Oeste* se basa en infundir el interés por la lectura, fundamentalmente, como práctica de reunión y sociabilidad. En ese sentido, los destinatarios de ese discurso persuasivo se dividen en dos: por un lado, se trata de convencer al *lector ordinario*¹⁴ acerca de la importancia del hábito de la lectura para el mejoramiento intelectual y, por otro lado, se busca persuadir a aquellos lectores que, disponiendo de un capital económico y cultural suficiente, tienen en sus manos la posibilidad de impulsar la creación de espacios de sociabilidad letrada:

Si a la lectura de buenos e instructivos libros, añadimos la apertura de salones donde se espliquen con más amplitud y claridad aquellos puntos difusos que leemos, cobraremos a no dudar, amor al estudio y al trabajo, dejando éste de ser para nosotros como al presente lo es, una carga pesada, una esclavitud odiosa e insufrible. El trabajo es una virtud, y no obstante nosotros lo odiamos y lo maldecimos. ¡No puede ser de otro modo, porque nos falta la enseñanza, tenemos que educarnos e instruirnos!¹⁵

¹³ “A los colonos”. *El Colono del Oeste*, 03/05/1879, p. 2. Aquí y en el resto de las citas se respetan la ortografía, sintaxis y puntuación de las fuentes consultadas.

¹⁴ En esta categoría ubicamos al agricultor o residente urbano, con un grado de alfabetización suficiente como para decodificar, aunque más no sea rudimentariamente, el español escrito. Lejos de la acepción peyorativa que en algunos usos adquiere, la utilización del término *ordinario* recoge las definiciones de Daniel Fabre (1993), quien acuña la expresión *écritures ordinaires* para dar cuenta de los escritos de carácter personal, doméstico y cotidiano de los sujetos pertenecientes a sectores usualmente al margen de la vida pública. Frente a aquella escritura destinada a trascender o a circular en la esfera pública, *les écrits ordinaires* se circunscriben a la práctica familiar, doméstica, privada. Es en ese sentido que llamamos *lectores ordinarios* a este grupo, en oposición a los “hombres públicos” que forman parte del otro auditorio objetivo de *El Colono del Oeste* (Baretta “Hacer política...”).

¹⁵ “Biblioteca Popular y Escuela Nocturna”. *El Colono del Oeste*, 22/03/1879, p. 1.

A través del uso del nosotros inclusivo (los puntos difusos que *leemos*, *cobraremos* amor al estudio y al trabajo, *nos* falta enseñanza, *tenemos* que educarnos, etc.), Lehmann busca empatizar con el lector ordinario para borrar la asimetría y la desigualdad, extendiendo hacia sí mismo las posibles dificultades de comprensión que a veces experimentan estos lectores y el sentimiento de rechazo hacia el trabajo que podría embargarlos. Paternalista, busca ganarse la confianza del colono que, presume, se verá identificado en esa descripción y por ello se sentirá acompañado y, quizás, más predispuesto a inmiscuirse colectivamente en el hábito de la lectura.

Asimismo, es importante reparar en la propuesta de crear “salones” en los cuales se expliquen, compartan y discutan las lecturas. En efecto, la lectura compartida y en voz alta fue un componente vertebral del proyecto nacional de impulso a las bibliotecas populares, a partir de la sanción de la Ley Nacional 419 (1870) y la creación de la CONABIP (Comisión Nacional de Bibliotecas Populares). Se trataba, a partir de esa política, de constituir espacios de congregación donde lectores y oyentes intercambiaran experiencias y puntos de vista: la lectura en voz alta se propone, en ese contexto, como la práctica que hace de las bibliotecas populares —y, por lo mismo, de todas aquellas asociaciones de diferente índole abocadas a sustentarlas— espacios públicos concretos de construcción ciudadana y modernización social.¹⁶ Recogiendo esa premisa, Lehmann va a insistir no solo en generar interés por el hábito de la lectura sino, fundamentalmente, en hacer de ese hábito una práctica de sociabilidad y sana convivencia.

En esa dirección, apela a un argumento caro para muchos de los habitantes de las colonias:

Y no miremos la cuestión bajo este solo punto de vista; veámoslo también por el de la economía. En estas colonias donde faltan parajes de reunión en que se pueda aprender algo, las personas buscan para distraerse esos establecimientos o centros que importan desembolsos considerables que el individuo no puede costear muchas veces, gozando con el vicio, con el juego y la bebida, que los convierte en el estado de las fieras, para ser despreciados y aborrecidos de los demás hombres, y acabando con su salud aunque dice ser la que ama tanto, que no quiere perder.

¹⁶ Javier Planas, *Libros, lectores y sociabilidades de lectura. Una historia de los orígenes de las bibliotecas populares en la Argentina* (Buenos Aires: Ampersand, 2017).

Convénzanse todos, que la ignorancia está a la orden del día, y que no saldremos de ella mientras no tengamos una Biblioteca popular y una Escuela nocturna.¹⁷

La descripción se apoya en un lugar común¹⁸ del discurso social de la época, al plantear la antinomia entre lo bárbaro y lo civilizado: el vicio, el juego, la condición animal que produce la embriaguez frente a la sana sociabilidad que suponen los espacios de reunión y aprendizaje, como una escuela para adultos y una biblioteca. La lectura se plantea, así, como la clave para modernizar y “civilizar” a la población de las colonias. Desde ese punto de partida, este pasaje entraña una doble destinación. Por un lado, alecciona a ese colono que busca distracciones dañinas y pasatistas: se le dice que esos hábitos le hacen perder el dinero, la salud y la estima de su comunidad. Y, por otro lado, el mensaje busca llamar la atención de aquellos que pueden y deben tomar la iniciativa de organizarse y proponer espacios de lectura y aprendizaje. Es que, además de contribuir a erradicar la ignorancia en la colonia, infundir hábitos de estudio redundará en una población más próspera, sana y trabajadora que, por extensión, favorecerá la economía y el progreso de todos.

En ese sentido, la relación que *El Colono del Oeste* establece entre lectura y progreso económico queda claramente planteada en numerosas intervenciones:

Ninguno ignora la importancia suma de nuestro comercio hoy en las Colonias, y si bien en este ramo se requiere particular honradez en el individuo, se precisan también conocimientos que no todos se adquieren con la práctica sino con el estudio y lectura de buenos autores (...). No tenemos medios fáciles de transporte y hemos de pensar en ganar más, pagando menos de aquello que exportemos (...). Deseamos que se discuta y se resuelva cuál es el ramo que más nos interesa estudiar para fomentarlo más que ningún otro. Dicho esto, aunque poco sea, juzgámoslo suficiente a probar lo útil que sería la creación de una Biblioteca popular para Esperanza pero reuniéndose antes un centenar de sus habitantes para tratar su organización y demás.¹⁹

¹⁷ “Biblioteca Popular y Escuela Nocturna”. *El Colono del Oeste*, 22/03/1879, p. 1.

¹⁸ Utilizo la categoría de *lugar común* en el sentido de lo no-dicho que, al apelar a la doxa, a principios generales comunes, funciona como garante y sostén argumentativo. En este caso, el principio general (propio del discurso social de la época) que prefiere el progreso por sobre el atraso, lo civilizado por sobre lo bárbaro, resulta una garantía no-dicha que permite encadenar la conclusión. Ansbombre, Jean-Claude. “Semántica y léxico. Topoi, estereotipos y frases genéricas”. *Revista Española de Lingüística*, 25(2), (1995): 297-310; Ducrot, Oswald. “Argumentación y topoi argumentativos”. *Lenguaje en Contexto 1/2*, (1988): 63-84.

¹⁹ “Biblioteca Popular y Escuela Nocturna”. *El Colono del Oeste*, 22/03/1879, p. 1.

En algunas oportunidades, Lehmann delega el discurso persuasivo —en el que subyace la máxima que vincula lectura con ganancias económicas— en otros enunciadores. En noviembre de 1879, el Comisario General de Inmigración, Juan Dillon, visitó Esperanza acompañando al por entonces Presidente Nicolás Avellaneda. En esa oportunidad, Dillon ofreció un discurso frente a la comunidad de la colonia que luego *El Colono del Oeste* transcribió en sus páginas. Allí se lee:

Procurad, pues, que vuestros hijos estudien la química agrícola, y en cuanto a vosotros, señores, sin más que querer, teneis dos poderosos medios que en otras partes han obrado maravillas. Organizaos en club agrícolas, y costead un periódico exclusivamente dedicado a la agricultura y cuyo director sea versado en las ciencias naturales, para que pueda guiaros en el uso de esas fuerzas que a menudo son nuestra ruina por no saber utilizarlas. Ningún hombre que se dedique a la agricultura puede mantenerse a la altura de los conocimientos del día, si no se aprovecha de esos dos medios de mejoramiento.

Cualquier hombre que viva regando la tierra con el sudor de su frente y se aproveche de la experiencia de sus compañeros asociándose a un Club Agrícola, y se suscriba a un periódico bien conducido cuya lectura sea hecha en familia, notaría un efecto casi mágico en la economía de la casa y en las cosechas siguientes. Los hechos importantes, los experimentos y la variedad de información que debe contener un periódico semejante no pueden dejar de producir sus legítimos resultados en mejorar, elevar y enriquecer al labrador con tanta seguridad como el abono y el trabajo aplicado a la tierra.²⁰

El discurso de Dillon se apoya sobre tres premisas clave para la discursividad de *El Colono del Oeste*. En primer lugar, que la lectura y la sociabilidad letrada redundarían en un incremento de la rentabilidad: asociándose a un club agrícola y leyendo un periódico especializado, el colono “notaría un efecto casi mágico en la economía de la casa y en las cosechas siguientes”. La lectura de ciertos materiales queda asociada, así, a una valoración que la sitúa en el lugar de lo útil. En segundo lugar, se plantea que el colono necesita aprender y ser tutelado en su práctica lectora: el periódico que funden debe estar dirigido por alguien “versado en las ciencias naturales” que pueda guiar el aprendizaje de los lectores/agricultores. Y, finalmente, Dillon echa mano de un argumento que apela a la educación de los hijos. Para

²⁰ “Discurso”. *El Colono del Oeste*, 15/11/1879, p. 1.

la época no era una tarea sencilla convencer a las familias de escolarizar a sus hijos. Había, sobre todo entre los pobladores rurales, una cierta reticencia a enviar a los niños a la escuela, puesto que eso suponía resignar mano de obra en las tareas agrícolas. En efecto, era durante los meses de cosecha cuando más ausentismo escolar se registraba.²¹ En ese sentido, el discurso recurre nuevamente al argumento del progreso económico para persuadir sobre la importancia de educar a las nuevas generaciones. La práctica de la lectura en familia de un periódico especializado se inscribe en ese propósito: la lectura familiar podría suplir la falta de competencia de algunos miembros (probablemente los padres), quienes a partir de una lectura grupal podrían acceder al conocimiento impreso en esas publicaciones. El rol de los niños o de los hijos jóvenes del hogar sería el de intermediarios o mediadores, considerando que facilitarían el acceso a textos en español para sus padres, probablemente desconocedores de esta lengua. Pero, a su vez, esa transmisión se haría extensiva a instaurar en el hogar la práctica misma de la lectura en general, y de la lectura especializada en temas agrícolas en particular: los niños, habiendo adquirido no solo el español sino además el hábito lector en las escuelas, serían los agentes que introducirían esos elementos en el seno familiar.²²

En suma, la lectura es representada por Lehmann como una herramienta poderosa en varios frentes. Por un lado, constituye un hábito que alejaría a los colonos de las distracciones perniciosas e improductivas, o directamente de la holgazanería. A su vez, instituida en el marco de una biblioteca, la lectura entrañaría un beneficio educativo para aquellos que no han tenido una escolarización suficiente durante los años de infancia. Este escenario redundaría por sí mismo en un mejoramiento cultural de la población que, por añadidura, conllevaría

²¹ En su informe del año 1872, el Inspector de Colonias Guillermo Wilken se lamentaba al indicar que “Desde la fundación hasta poco tiempo há, los colonos no sólo no hicieron gestión alguna en favor de la educación de sus hijos, sino que se negaban a mandarlos a la escuela que costeaba el gobierno, prefiriendo sacar provecho del trabajo personal de los niños que destinaban al pastoreo del ganado por lo regular.” (Guillermo Wilken, *Las colonias. Informe sobre el estado actual de las colonias agrícolas de la República Argentina presentado a la Comisión Central de Inmigración por el Inspector Nacional de ellas. 1872*. Buenos Aires: Sociedad Anónima, 1873, 26). Es necesario aclarar aquí, sin embargo, que otras fuentes desmienten el desinterés generalizado que Wilken denuncia. Desde muy temprano hubo interés por parte de algunas familias por escolarizar a sus hijos y, en ese sentido, realizaron peticiones al gobierno provincial e incluso fundaron escuelas particulares (Cfr. Mónica Baretta, “Isidro Aliau: maestro, inspector y reformista en los orígenes del sistema educativo argentino”. *Historia y Memoria de la Educación*, 14, (2021): 425-449).

²² El rol de los niños como intermediarios para la comunicación de sus padres ha sido ampliamente estudiado bajo la categoría de *language brokers* (Cfr. Alejandro Morales y William Hanson. “Language brokering: An integrative review of the literature”. *Hispanic journal of behavioral sciences*, 27(4), (2005): 471-503.) Tal como sostiene Tse (Lucy Tse, “Language brokering in linguistic minority communities: The case of Chinese- and Vietnamese-American students”. *Bilingual Research Journal: The Journal of the National Association for Bilingual Education*, 20(3-4), (1996): 485-498; Lucy Tse, “When students translate for parents: Effects of language brokering”. *CABE Newsletter*, 17, (1995): 16-17), estos “intermediarios”, usualmente niños o jóvenes de familias que integran minorías lingüísticas, actúan como auténticos mediadores, asumiendo deberes mucho más amplios que los de un traductor formal, en la medida en que su rol impacta en los vínculos familiares y en su desempeño educativo.

beneficios económicos. Por otro lado, el progreso material estaría dado no solo por las buenas costumbres de la población, más dispuesta al trabajo, sino también por los impresos que las bibliotecas y salones de lectura albergarían: periódicos especializados en agricultura, libros y “buenos autores” del campo de la química, entre otros. La lectura “útil” y el aprendizaje de estos conocimientos mejorarían, de acuerdo con Lehmann (y con Dillon), la calidad de las cosechas y los rindes económicos. Y, fundamentalmente, los recintos en los cuales la lectura se comparta y se discuta serán en sí mismos espacios de sociabilidad orientados a instalar pautas de convivencia ciudadana.

Las buenas lecturas

La política de lectura construida desde las páginas de *El Colono del Oeste* no significaba únicamente persuadir acerca de que leer es un hábito bueno y necesario. Implicaba, sobre todo, *enseñar* a leer. Planas²³ sostiene que en un contexto de ampliación masiva de las prácticas letradas, los nuevos lectores y, fundamentalmente, las mujeres lectoras (asunto que se abordará más adelante) son los “menores de edad” en un campo de lecturas cada vez más complejo y jerarquizado. En ese sentido, el periódico asume (y se arroga) la tarea de seleccionar lecturas, indicar cuáles son más necesarias que otras, en qué momento conviene leer qué cosas y cómo deben ser leídas.

Así, en un artículo en el cual se insistía sobre la necesidad de conformar la comisión que llevara adelante la biblioteca popular, Lehmann observaba:

Comprendemos todos la clase de lecturas principales que requieren las colonias, cuales son las referentes a la agricultura, a la ganadería, a la industria y al comercio; pero convendría muchísimo que los más conocedores, los que diariamente tienen la ocasión de palpar las necesidades del pueblo se reunieran y discutieran a cuál de ellas se debe prestar preferente atención.²⁴

En esta intervención se retoma la idea, ya esbozada anteriormente, que liga la lectura con la productividad. Así, las lecturas que “requieren” las colonias son aquellas que se traducirían en una mejora de los rendimientos agrícolas o en un perfeccionamiento de las actividades industriales y comerciales. Pero, además, se exhorta a quienes están en condiciones de constituir la comisión para la biblioteca a que se encarguen de discutir y definir cuáles de esos ramos son más importantes, a los fines de conformar un catálogo útil.

²³ Planas, *Libros, lectores...*

²⁴ “Biblioteca Popular y Escuela Nocturna”. *El Colono del Oeste*, 22/03/1879, p. 1.

Se trata, en definitiva, de un grupo reducido de colonos que, por contar con mayor escolaridad, estima social y, probablemente, capital económico, se ocuparían no solo de gestionar la institución sino además de seleccionar las obras que consideran adecuadas para ese público lector en ciernes.

Pero además de apelar a la constitución de un catálogo instructivo por los volúmenes que contenga, *El Colono del Oeste*, en tanto artefacto cultural, funciona en sí mismo como un agente educador de la lectura:

Como lo anunciamos en números anteriores, empezamos hoy la publicación del Código Rural de la Provincia de Santa Fe. Este importante Código no lo conocen la mayor parte de los habitantes de esta Provincia, así es que recomendamos su lectura, por ser de gran interés para todos conocerlo, particularmente los que se dedican a los trabajos rurales. En la sección Folletín lo encontrarán nuestros lectores.²⁵

Recomendamos. La lectura de las Ordenanzas de la Municipalidad de Santa Fe que publicamos en la sección Folletín, sobre timbres municipales, derecho de piso, etc.²⁶

A diferencia de su uso original, orientado a la publicación de producciones literarias, *El Colono del Oeste* destinó inicialmente el folletín a la publicación de documentos que podríamos denominar de interés público pero de carácter no urgente, condición que sí tendrían las publicaciones noticiosas del resto del periódico.²⁷ Así, el folletín de *El Colono del Oeste* publicó por entregas “Leyes y decretos sobre colonias”, ordenanzas municipales, correspondencia oficial, el Código Rural de la Provincia de Santa Fe, entre otros documentos generalmente emanados por los gobiernos provincial y nacional. Sin embargo, en septiembre de 1879 el periódico comunicaba a sus lectores que el folletín comenzaría a incluir piezas literarias específicamente destinadas al público femenino, asunto que abordaremos más adelante. Así, a través de recomendaciones como las arriba citadas, el periódico busca introducir al colono a nuevas lecturas, de orden político-institucional. Opera, en ese sentido, como un canal de difusión del incipiente pero cada vez más prolífico aparato burocrático estatal. Es que, hacia finales del siglo XIX, el ingreso a la cultura letrada no significaba

²⁵ “Código Rural”. *El Colono del Oeste*, 24/05/1879, p. 2.

²⁶ “Recomendamos”. *El Colono del Oeste*, 24/01/1880, p. 3.

²⁷ Sergio Pastormerlo, “Sobre la primera modernización de los diarios en Buenos Aires. Avisos, noticias y literatura durante la Guerra Franco-Prusiana (1870)”. En *Tiempos de papel: Publicaciones periódicas argentinas (siglos XIX-XX)*. Editado por Verónica Delgado y Geraldine Rogers (La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2016).

únicamente adquirir el hábito de la lectura como práctica de ocio o de elevación intelectual, sino, fundamentalmente, ingresar a través de la cultura escrita a la esfera pública: ser y sentirse parte de un Estado en formación que demandaba a sus jóvenes ciudadanos el conocimiento y acatamiento de determinados marcos normativos.

A su vez, interesa reparar en la función que cumplen esos avisos incluidos en el periódico, en general dentro de la sección “Noticias Varias”, que recomiendan la lectura de artículos publicados en la misma edición y a veces, incluso, en la misma página. Las “Noticias Varias” eran un conjunto de informaciones breves, separadas por subtítulos en negrita, que daban cuenta de sucesos de interés general, usualmente circunscriptos al ámbito de las colonias: visita de alguna autoridad política, cambios en los precios de artículos o insumos, decisiones municipales, realización de algún festejo, etc. Es probable, entonces, que los lectores menos avezados hayan reducido la lectura del periódico a esa sección que gráfica y temáticamente les resultaba más accesible. En ese marco, los avisos y recomendaciones constituyen huellas de “adiestramiento”: la notificación presume un lector que se circunscribe a una determinada sección o género y por eso hay que animarlo a explorar en otros.

Del mismo modo, en septiembre de 1879 se anunciaba a los lectores el inicio de una nueva sección:

Pasatiempo. Para solaz de nuestros lectores abrimos desde hoy esta sección, la que será atendida de vez en cuando por un amigo nuestro poseedor de varios cuentos e historietas que, como el que va en el presente número, no carecen de interés por las frecuentes aplicaciones que pueden hacerse de ellos en esta colonia. Por otra parte, será un pasatiempo inofensivo por la forma y fondo de los cuentos, que las más de las veces serán historias con sus pelos y señales. Prometemos divertir a nuestros abonados mientras llega la época de las grandes labores, esto último si el cielo nos manda un poco de agua.²⁸

El anuncio nuevamente se propone como “introducción” de un nuevo género: se le explica al lector de qué tratará la sección y se aclara que los temas abordados en las historias pueden “aplicarse” a la vida en la colonia. De este modo, se alienta al colono a animarse a esta lectura, entre otras cosas, porque le resultará familiar y, además, “inofensiva”, aclaración

²⁸ “Pasatiempo”. *El Colono del Oeste*, 27/09/1879, p. 2.

probablemente orientada a tranquilizar al padre de familia, quien por entonces tutelaba las lecturas del resto de los miembros del hogar.²⁹

Finalmente, es importante señalar el lugar que el periódico le otorga a la lectura de ocio: esta constituye un paréntesis temporal en la vida del colono, permitida en los períodos en los cuales merma la labor agrícola a la espera de la cosecha. Es decir que la lectura constituye un medio de instrucción para el trabajo, que se traduce en mejoras económicas, un modo de introducir al colono en el espacio público, y un pasatiempo sano (a diferencia de aquellos dañinos, como el juego y la bebida) para cuando el trabajo ofrece un descanso.

Educación del gusto y del consumo cultural

El incentivo hacia la lectura aparece acompañado, en *El Colono del Oeste*, por el fomento de otras prácticas y consumos culturales, fenómeno orientado a crear una *sensibilidad moderna*.³⁰ Si bien hacia finales del siglo XIX la escuela constituyó uno de los espacios privilegiados para la educación estética de las masas, no debe desdeñarse el lugar que ocuparon la prensa periódica y otros impresos (como los manuales de urbanidad) en ese proceso de inculcación de pautas de comportamiento colectivo basadas en los llamados “cánones civilizados”.³¹ Así, desde las páginas de *El Colono del Oeste* se buscó infundir el interés por el teatro, el canto y los espectáculos culturales en general, sin perder de vista el discurso normativo que pretendió crear conductas adecuadas y censurar las impropias para estos nuevos espacios modernos.

Eran frecuentes, en este sentido, las permanentes recomendaciones que el periódico realizaba en relación con la difusión de algún evento:

Para mañana está anunciado un magnífico concierto por la Sociedad de Canto y varios aficionados. El programa es inmejorable por la variedad de piezas que se ejecutarán, como se podrá ver en el programa que publicamos en la sección correspondiente.³²

²⁹ Lyons, *Nuevos lectores...*; Graciela Batticuore, *Lectoras del siglo XIX. Imaginarios y prácticas en la Argentina* (Buenos Aires: Ampersand, 2017); Graciela Batticuore, *La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritores en la Argentina (1830-1870)* (Buenos Aires: Edhasa, 2005).

³⁰ Pablo Pineau, (dir.). *Escolarizar lo sensible. Estudios sobre estética escolar (1870-1945)* (Buenos Aires: Teseo, 2014).

³¹ Arnoux (“Los manuales...”) destaca la notable proliferación de manuales de retórica y de urbanidad que comenzaron a circular hacia finales del siglo XIX. Tanto unos como otros tendieron a disciplinar la discursividad e incidir así en las conductas y las subjetividades: los primeros consideraban el amplio abanico de los discursos públicos y los segundos se centraban en la vida privada atendiendo particularmente a la conversación. En ambos casos, se señalaban las emociones dignas de ser expuestas y de ser desencadenadas en los otros, en el marco de lo que se considera el avance de la civilización que va conformando los Estados modernos.

³² “Concierto”. *El Colono del Oeste*, 24/04/1879, p. 2.

Espléndido. Fue el resultado obtenido el Domingo pasado por la compañía acróbata y ecuestre que se encuentra entre nosotros, pues el circo estaba completamente lleno. La compañía, por su parte, se portó á las maravillas, sobresaliendo el joven Salinas en el juego de los puñales, y la simpática Señorita Rosarito en la escena ecuestre de india. Para hoy está anunciada la última función.³³

Despedida. Esta noche dará su última función el afamado Prestidijitador Zavala K. los que no hayan visto sus trabajos pueden aprovechar esta noche y les garantimos que saldrán contentos (...). Pocas veces podremos presenciar representaciones como las que nos ofrece este hábil prestidijitador. Al teatro pues.³⁴

Teatro. Para mañana está anunciado el gran drama en seis actos titulado el “Trovador” y la peti-pieza “Mas vale maña que fuerza”. Todos los que quieran pasar un buen rato vayan al Teatro y les aseguramos que saldrán complacidos.³⁵

Como puede apreciarse, los avisos no se orientan necesariamente a un consumo “distinguido” o refinado, ceñido únicamente a un sector acotado de la comunidad: las recomendaciones incluyen canto, teatro, espectáculos de magia y circo, entre otros eventos. Es que más que interesarse por establecer distinciones sociales a partir de la segmentación de los públicos de acuerdo con sus consumos culturales³⁶, *El Colono del Oeste* está preocupado por alentar distracciones que, nuevamente, alejen al colono de los malos hábitos. La frecuentación de pulperías y los disturbios que eso provoca, sumado al general desinterés por orientar el dinero disponible hacia consumos “instructivos”, motivan al periódico a alentar de manera explícita la asistencia a los espectáculos culturales. Sin embargo, no se pierde de vista que estos eventos son espacios que demandan un comportamiento particular y es preciso aprender a habitarlos:

Convendría que se prohibiese fumar en el salón del Teatro. Esto es bastante incómodo para las familias tener que aspirar á la fuerza el humo de tantos y tantos cigarros como se ven arder en el salón. Durante las representaciones se está en una nube de humo que á más de ser esto indecoroso es molesto para todos. Para esto están los entreactos para que salgan los que quieran á fumar fuera del salón. Lo mismo el continuo caminadero y conversación que se siente cuando los actores

³³ “Espléndido”. *El Colono del Oeste*, 07/06/1879, p. 2.

³⁴ “Despedida”. *El Colono del Oeste*, 17/01/1880, p. 2.

³⁵ “Teatro”. *El Colono del Oeste*, 03/07/1880, p. 2.

³⁶ Ricardo Pasolini, “La ópera y el circo en el Buenos Aires de fin de siglo. Consumos teatrales y lenguajes sociales”. En *Historia de la vida privada en la Argentina, Tomo II: La Argentina plural: 1870-1930*. Dirigido por Fernando Devoto y Marta Madero. Buenos Aires: Taurus, 1999.

están en escena, y los repetidos golpes que se dan sobre las tablas del piso para hacer levantar el telón. Todo esto es inconveniente y es necesario que no se repita.³⁷

Tal como observa Pasolini³⁸, a partir de 1870 el teatro funcionó no solo como espectáculo cultural sino, fundamentalmente, como un espacio creador de rituales y moldeador de una cierta *sociabilidad teatral*. Si bien pone el acento sobre la ópera, expresión ciertamente restringida a las elites, señala que en general las salas de teatro suponían una suerte de actuación paralela, una *mise en scène* a cargo de los espectadores, quienes debían demostrar públicamente que sabían habitar ese espacio. En ese sentido, observa Pasolini, la sala de teatro funcionó como la metáfora del aprendizaje civilizatorio. Es en ese lugar donde Lehmann inscribe su discurso prescriptivo: la asistencia al teatro supone una serie de hábitos adicionales que es preciso incorporar y, en la misma operación, otros que es imperioso abandonar: fumar en la sala, conversar y desplazarse durante la función. Así como *El Colono del Oeste* enseña a leer ciertos géneros, también enseña a consumir ciertas expresiones culturales y, sobre todo, a habitar nuevos espacios modernos.

En igual sentido, la educación de esa sensibilidad se hace extensiva al orden de lo letrado. La incorporación a la cultura escrita exige a los nuevos lectores el entrenamiento de una cierta disposición hacia los objetos impresos, sean estos periódicos o libros: su manipulación, conservación y, por qué no, su admiración en tanto artefactos culturales modernos. Es que la segunda mitad del siglo XIX está caracterizada, entre otras cosas, por un proceso de modernización de la prensa periódica que incluye una transformación discursiva —pasaje que Bonaudo describe como “de la opinión publicada a la opinión pública”³⁹—, económica, al mutar las fuentes de financiamiento con la introducción del espacio publicitario, y material: hay un cambio sustancial de la diagramación, de los diseños tipográficos y de la cantidad de pliegos, entre otras transformaciones.⁴⁰

El periódico de la segunda mitad del siglo XIX se constituye en un objeto que debe ser discursiva, económica y visualmente adecuado a la nueva masa de lectores y así lo entendía *El Colono del Oeste*: “Al fin conseguimos papel blanco para nuestro Semanario. Pedimos disculpa á nuestros favorecedores por el tiempo que involuntariamente los hemos obligado a

³⁷ “Que no se fume”. *El Colono del Oeste*, 10/07/1880, p. 2.

³⁸ Pasolini, “La ópera...”.

³⁹ Bonaudo, “De la opinión...”.

⁴⁰ Cfr. Hernán Pas, “El orden bellista. Purismo idiomático e intervención gráfica en la prensa temprana de Buenos Aires (1801-1830)”. *Olivar*, 19(29), (2019): e047. <http://dx.doi.org/https://doi.org/10.24215/18524478e047>; Pastormerlo, “Sobre la primera...”.

ponerse anteojos para leerlo en papel de color”.⁴¹ En esa transformación de la prensa moderna, Lehmann (quien, entre sus múltiples facetas, es también editor de libros) atiende a la calidad visual del papel sobre el que imprime su periódico pero, fundamentalmente, busca trasladar veladamente esa sensibilidad a los lectores mediante un “pedido de disculpas”. En ese contexto se ubican otras dos publicaciones:

Magnífica ha quedado la colección del “Colono del Oeste” del año transcurrido hasta [roto] del corriente. Como sabemos que muchos de nuestros suscritores la conservan, les aconsejamos que la hagan encuadernar. De eso se [roto] el encuadernador de esta Imprenta.⁴²

Con el próximo número de nuestro semanario recibirán nuestros suscritores el índice de todas las Leyes y Decretos publicados en la sección Folletín. Conceptuamos de interés para nuestros suscritores, y es por esto que [roto] galamos en hoja suelta para ser encuadernado con el primer [roto] de “El Colono del Oeste” que [roto] 9 de marzo.⁴³

A través de estas recomendaciones, *El Colono del Oeste* intenta infundir ciertos hábitos ligados a la lectura de objetos impresos, propósito detrás del cual también puede leerse una cierta operación de posicionamiento propio. Por un lado, se recomienda a los lectores que se acerquen a la imprenta para hacer encuadernar la colección del primer año del periódico, incluyendo un índice de todas las leyes y decretos, publicado específicamente para ser añadido a la colección. Este gesto apunta a educar a los lectores en relación con ciertas pautas de cuidado y manipulación y, además, ofrece lineamientos destinados a adiestrar una práctica de lectura que se sirve de un índice ordenador del contenido. A su vez, la encuadernación de los ejemplares, destinada a conservarlos, se orienta también a incentivar la formación de una incipiente biblioteca hogareña: con mayor o menor grado de formalidad, los colonos tendrían ahora objetos impresos y encuadernados en sus hogares. Por otro lado, esos avisos celebratorios del aniversario del periódico y el refuerzo de su carácter de servicio público (en la medida en que publica documentos de interés ciudadano) pueden leerse como un gesto de posicionamiento en ese escenario de la nueva prensa moderna. A diferencia de otros efímeros periódicos locales, ocupados generalmente en las urgencias electorales y en efímeras rencillas

⁴¹ “Al fin”. *El Colono del Oeste*, 11/09/1880, p. 2.

⁴² “Encuadernada”. *El Colono del Oeste*, 22/03/1879, p. 3.

⁴³ “Índice”. *El Colono del Oeste*, 05/04/1879, p. 2.

políticas⁴⁴, *El Colono del Oeste* intenta ubicarse en el lugar de periódico que se sostiene en el tiempo y que ofrece un servicio a la comunidad.

Educar a la mujer lectora

La mujer lectora forma parte de ese público de “nuevos lectores” que llegan durante el siglo XIX a la cultura escrita: mujeres, obreros y niños.⁴⁵ Así como al lector ordinario se lo animaba a explorar nuevos géneros o secciones de *El Colono del Oeste*, a la mujer se le enseñará cuál es el (reducido) espacio que le corresponde ocupar —en el periódico y también en la sociedad—, cuáles son las lecturas que debe hacer y cómo debe leerlas. En ese sentido, un tiempo después de iniciada la sección “Pasatiempos”, el periódico de Lehmann publica este anuncio:

Una verdadera revolución ha causado entre nuestras lectoras el “Pasatiempo” de nuestro número pasado. A distintos prójimos se lo han colgado, así es que para sacarlas de dudas les diremos que no es más que un PASATIEMPO.⁴⁶

El texto que habría causado esa “revolución” era un cuento en el cual el protagonista trataba de tomar venganza contra su futura suegra porque pensaba que esta tenía intenciones de oponerse a la boda. Con este anuncio aclaratorio, *El Colono del Oeste* se adjudica la potestad de corregir y reorientar las lecturas que las mujeres habrían hecho de ese relato: no distinguieron realidad de ficción y establecieron conjeturas para descubrir quiénes eran los personajes reales del cuento. Frente a eso, que considera un error, el periódico señala a ese sector de su lectorado (nuevo, inexperto, ingenuo) cuál es la forma correcta de leer textos literarios.

Es la ficción, en efecto, casi el único espacio que se destina a la mujer lectora en las páginas del periódico. Su lugar aparece claramente circunscripto, incluso en términos materiales. A la mujer se le habla en la página de anuncios publicitarios (aunque, como veremos, muy tangencial y esporádicamente), en la sección denominada “Pasatiempos” y en el espacio destinado al folletín literario.⁴⁷ Estos espacios aparecen distinguidos visualmente

⁴⁴ Baretta, “Hacer política...”

⁴⁵ Lyons, “Nuevos lectores...”

⁴⁶ “Pasatiempo”. *El Colono del Oeste*, 17/01/1880, p. 2.

⁴⁷ Desde que el periódico inició la publicación de obras literarias en el espacio del folletín (27/09/1879) hasta que finaliza el archivo conservado (13/11/1880), se incluyeron en esta sección las siguientes piezas: *El médico de San Luis* (Eduarda Mansilla), *El torrente rojo. Leyenda americana* (no se especifica autor), *El baile* (Benigno Lugones), *La loca del valle* (José Francisco Sanmartín y Aguirre), *Blanca. Recuerdo de un suceso* (Constantino Gil), *Una venganza* (Luis García de Luna), *El herrero de Argel* (no se especifica autor), entre otros relatos breves, versos y refranes anónimos.

del resto del periódico (de “la información”, podríamos decir) con marcas gráficas: cambios de letra, líneas separadoras o páginas exclusivas. Es que, hacia el siglo XIX cuando se populariza la lectura de periódicos en el seno familiar, los límites de género estaban social, discursiva y visualmente señalados. Lyons⁴⁸ observa, en ese sentido, que mientras que del hombre se esperaba que leyese noticias políticas, le correspondían a la mujer las columnas que el periódico dedicaba a los *fait divers* y a la ficción serializada. Esa división queda plasmada en un aviso que *El Colono del Oeste* hace, a propósito de la supresión del folletín literario:

No hay folletín. En este número para nuestras lectoras, por tener que publicar nuevamente las cuentas municipales que aparecieron con varios errores en los nombres, en la primera publicación. En cambio, encontrarán la crónica de las espléndidas fiestas nacionales que tuvieron lugar el 14 del pasado en Francia en celebración del aniversario de la proclamación de la República, la que encontramos en La Nación, la que a su vez ha hecho la traducción del periódico francés el Figaro. Prometémosle para cuando se concluya esta crónica, una bonita historia.⁴⁹

El periódico se dividía, por tanto, en secciones temática y espacialmente diferenciadas de acuerdo con expectativas genéricas: si el espacio regularmente ocupado por el folletín literario debe destinarse extraordinariamente a asuntos de economía municipal, se le pide disculpas a las lectoras, se las manda a leer una sección más acorde a sus preferencias femeninas y se les promete para la próxima edición “una bonita historia”. No hay espacio para la mujer lectora interesada en asuntos de índole público, información reservada y destinada de manera exclusiva al varón.

Con respecto a los avisos publicitarios en *El Colono del Oeste*, la gran mayoría están destinados al público masculino. Si bien no se excluye explícitamente a las mujeres ni se apela directamente a los varones, las actividades, bienes o servicios que se anuncian son propios de consumos restringidos por entonces al hombre: bebidas alcohólicas, remates públicos, compraventa de animales, inmuebles, herramientas o artículos de construcción, etc. Hay otro conjunto de avisos que pueden leerse en clave familiar, como aquellos que promocionan clases o escuelas particulares para niños o adultos, fondas, servicios de mensajería o fotografía, o actividades de entretenimiento como la llegada de un circo o una obra teatral. Y hay, finalmente, una porción ínfima de avisos que, podríamos inferir, están

⁴⁸ Lyons, “Nuevos lectores...”

⁴⁹ “No hay folletín”. *El Colono del Oeste*, 28/08/1880, p. 2.

destinados al público femenino. Entre ellos se cuentan el aviso publicitario de Mme. Fougère, modista francesa que confecciona sombreros para mujeres y niños —publicado de manera regular en la sección de avisos— y algunos anuncios esporádicos de empleo, como es el caso de uno en el cual una familia busca específicamente “una muchacha de 12 a 14 años para mucama”.⁵⁰ No obstante, es probable que, en este último caso, el destinatario previsto para el aviso haya sido el padre de la niña o un adulto responsable de su colocación laboral.

Encontrar apelaciones directas a la mujer en los espacios publicitarios resulta, al menos en *El Colono del Oeste*, una empresa casi imposible. De acuerdo con Rocchi⁵¹, hay que considerar que hasta bien entrado el siglo XX la publicidad gráfica apuntaba al sector masculino adulto, puesto que eran los hombres quienes tenían y administraban el dinero del hogar y decidían cuáles eran las compras necesarias. Con la aparición de periódicos y revistas destinadas específicamente al público femenino, comienza a extenderse la publicidad que apela al ama de casa y a la mujer en general. A eso debe sumarse la reducida oferta de bienes de consumo en la zona de las colonias, a diferencia de la que podían presentar urbes más desarrolladas.⁵²

Con todo, había una construcción discursiva que asignaba a la mujer ciertos rasgos incipientemente modernos y, entre ellos, estaba el de potencial consumidora. La sección llamada “Pasatiempos”, si bien no está destinada exclusivamente al público femenino, incluye fragmentos literarios, poesías o historias que se van contando, en muchos casos, por entregas. En esta sección aparecen dos artículos de corte más bien instructivo o moralizante, dedicados específicamente a proporcionar enseñanzas y máximas a la mujer:

Los mandamientos de la mujer son diez.

El primero es amar a su marido sobre todas las cosas.

El segundo no jurarle amor en vano.

El tercero hacerle fiesta.

El cuarto no dar ocasión para que murmure la vecindad.

El quinto no atormentarle con exigencias. Caprichos ni refunfuños.

⁵⁰ *El Colono del Oeste*, 08/05/1880, p. 3.

⁵¹ Rocchi, Fernando. “Inventando la soberanía del consumidor: publicidad, privacidad y revolución del mercado en Argentina (1860-1940)”. En *Historia de la vida privada en la Argentina*, Tomo II: La Argentina plural: 1870-1930. Dirigido por Fernando Devoto y Marta Madero (Buenos Aires: Taurus, 1999).

⁵² Germain Lonfat, un viajero suizo que recorrió la región de las colonias durante la segunda mitad de la década de 1870, describía del siguiente modo los comercios existentes en Esperanza en esos años: “En Esperanza hay dos imprentas, una española y otra alemana, una gran destilería a vapor de los Sres. Lehmann y Gorin, cinco molinos a vapor y cinco mecánicos, tres hoteles, cuatro cafés, ocho negocios y tiendas diversas, y la gran casa de Carlos de Wart, en la que pueden encontrarse: maderas de construcción, hierro en barra, acero, comestibles, bebidas, pinturas, vidrios, arados (...)” (Lonfat, Germain. *Les colonies agricoles de la République Argentine*. Lausanne, Imprimerie veuve Genton et fils, 1879: 64, la traducción me pertenece).

El sexto no engañarle.

El séptimo no sisarle ni gastar dinero en peripollo.

El octavo no murmurar, ni fingir ataques de nervios o cosa por el estilo.

El noveno no desear más que un prójimo (y este ha de ser su marido).

El décimo no codiciar el lujo ajeno ni detenerse a mirar los escaparatos de las casas de comercio.

Estos diez mandamientos se encierran en la cajita de polvos de arroz y de allí deben sacarlos las mugeres para leerlos dos veces por día.⁵³

Remedio eficaz para encontrar marido. Receta segura.

Más sentido común y menos coquetería.

Escudriñar mejor los misterios de la casa y menos los cuentos de salón.

Reparar las camisas y las medias y no dedicarse a labores inútiles.

Leer la *Cocina casera* y abandonar los periódicos de modas.

No lucir trajes que espanten a los hombres formales.

Menos paseos y más costura.

Educarse para servir de esposa y no de estorbo.

Ser modesta y virtuosa.⁵⁴

Si bien resulta evidente (y no sorprende) el lugar social atribuido a la mujer en estos artículos —esposa atenta, servil, obediente—, interesa detenerse en las representaciones que allí se construyen, orientadas a la formación de la “mujer moderna”. Se observa la construcción de una mujer que tiene un relativo poder de compra —aunque haya que enseñarle a utilizar el dinero: “no sisarle ni gastar dinero en peripollo”— y una presencia puertas afuera de su hogar que es necesario adiestrar. En relación con las pautas de comportamiento, *El Colono del Oeste* le enseña a la mujer cómo debe actuar y disponerse frente su marido en la privacidad del hogar (demostrar amor, servirle, no plantear quejas) pero además cómo debe comportarse y presentarse en el espacio público. La mujer en sociedad debe mostrarse austera y recatada, fundamentalmente, para no generar habladurías. Hay, en ese sentido, una crítica recurrente en *El Colono del Oeste* a la práctica del rumor o del chisme sin fundamento, y no solo en relación con los modales femeninos:

⁵³ “Mandamientos”. *El Colono del Oeste*, 07/02/1880, p. 2.

⁵⁴ “Remedio eficaz para encontrar marido”. *El Colono del Oeste*, 28/02/1880, p. 6.

Se dice que Fulano ha muerto. Y todo el mundo lo da por hecho, y dicen el cómo y donde, y lo entierran y hasta le dan su destino final en el otro mundo. *Se dice* que A ha robado tal cosa, yo no lo creo, es tan bueno A, pero *se dice*... ¡La gente es tan mala! ¡Oh, terrible *se dice*! Con esta palabrita se hunde la reputación, el honor, la virtud, el valor, todas las buenas cualidades de una persona. ¡Oh, infame *se dice*, arma de los cobardes y de que se valen para escudarse. *Se dice, se dice*...⁵⁵

En ese sentido, se deja en claro que la sociedad en general, pero la mujer en particular, no debe inmiscuirse en chismes (“escudriñar mejor los misterios de la casa y menos los cuentos de salón”) ni tampoco fomentarlos a través de comportamientos inadecuados (“no dar ocasión para que murmure la vecindad”). Es que, en relación con ello, en estas instrucciones y mandamientos se vedan para la mujer todas las prácticas que no revistan “productividad”: no debe perder tiempo mirando vidrieras, no debe dedicarse a “labores inútiles”, no debe detenerse en chismes, no debe abusar de los paseos ni del tiempo ocioso. La mujer debe, entonces, restringir su praxis a servir a su esposo (o a comportarse públicamente para “conseguir” uno) y a atender las tareas del hogar.

A su vez, resulta importante detenerse también en el modo en que estos discursos prescriptivos construyen normas en relación con las prácticas de lectura. En primer lugar, una de las claves para “encontrar marido” estaría justamente en la selección de los materiales de lectura: la mujer debe leer recetas de cocina y no periódicos de moda. Nuevamente, se le censura el ocio de la lectura pasatista en favor de una lectura “productiva”, que le permitirá no solo aprender a cocinar sino también, por extensión, ganarse la aprobación masculina. En segundo lugar, en los mandamientos la lectura de la mujer está espacialmente circunscripta no solo al espacio hogareño sino, específicamente, a la intimidad del tocador. Se le indica explícitamente, en ese sentido, que recorte la página de los mandamientos y la encierre “en la cajita de polvos de arroz” y que de allí la saque para leerla “dos veces por día”. Si, como señalamos, la distribución gráfica de los contenidos del periódico está organizada de acuerdo con expectativas genéricas, aquí se lleva esa división un poco más allá: la mujer debe recortar la fracción del periódico que se le destina, “encerrarla” en una cajita y recluirla en su espacio íntimo, estrictamente femenino, para leerla y releerla. Como si, en ese gesto de recorte, se le

⁵⁵ “Se dice”. *El Colono del Oeste*, 28/02/1880, p. 6. Destacados en el original.

indicara que debe correrse del espacio público que significa el periódico en sí mismo —y por tanto, ajeno a la mujer— y ubicar sus lecturas en el reducido ámbito doméstico.

Consideraciones finales

Hacia la segunda mitad del siglo XIX, las políticas de educación universal encaradas por los jóvenes Estados nacionales contribuyeron a la alfabetización de sectores hasta ese momento ampliamente marginados de la cultura escrita. En ese contexto, este artículo se interesó por conocer de qué modo la lectura, ya fuera del espacio escolar, se construyó como una herramienta clave para modernizar a la sociedad e introducir en ella pautas de civilidad. El foco del análisis estuvo puesto en analizar la prensa periódica, en tanto agente productor de políticas de lectura.

A partir del caso de *El Colono del Oeste*, se ha señalado cómo el periódico se ocupó de marcar cuáles son las lecturas adecuadas, quiénes deben leer qué cosas y en qué momento, y cuáles son los hábitos y rituales que los nuevos lectores deben incorporar para ingresar plenamente al universo letrado moderno. Así, la lectura aparece ligada en sus páginas a diferentes valoraciones que la ubican en el lugar de lo *bello*, sobre todo cuando la lectura se destina al público femenino, de lo *útil*, en la medida en que conlleva beneficios productivos, en el lugar del *ocio* sano e inofensivo, cuando ciertos géneros aparecen particularmente destinados a su consumo recreativo y, finalmente, la lectura entraña, como se ha dicho, una función *civilizatoria y modernizadora*: es a través de ella como los colonos van a adquirir hábitos de civilidad en el nuevo espacio público del que ahora forman parte.